

## CAPITULO XXI

### LA BATALLA DE SAN PEDRO.

Llovían los episodios brillantes en México en medio de tantas desventuras.

A las once de la noche del día 12 de Noviembre de 1864 un grupo como de 300 infantes seguidos de unos cien hombres montados atravesaban las calles de Mazatlán, que no obstante la hora que era, se veían bastante concurridas.

Al frente de esa pequeña tropa iba el general Rosales, todavía coronel entónces, improvisado militar por las revoluciones. Había sido abarrotero, literato, periodista y por fin, las vicisitudes en que se vió envuelto, lo arrojaron á la carrera de las armas.

En esos momentos era nada menos gobernador interino como consecuencia del pronunciamiento con que fué derribado el anterior gobernante general García Morales.

Rosales montaba un caballo de buena alzada y á su lado iban además de los cuatro oficiales que formaban su Estado Mayor, los jefes de los diversos pi-

quetes que formaban su fuerza y que eran Antonio Molina, Jorge Granados y Francisco Tolentino. El primero coronel, y los dos segundos capitanes. También pertenecía á la Brigada un barretero de minas llamado Domingo Rubí; pero este se encontraba á la sazón reclutando gente en Pánuco: el que mandaba el piquete de diez hombres del batallón de su nombre que iba á la vanguardia de la reducida tropa era el sargento Juan A. Hernández.

Luego que pasaron del punto llamado el Infiernillo y se encontraron en campo raso, Rosales creyó conveniente explicar su conducta.

—Amigos míos, les dijo, era imposible que pudiéramos sostenernos en la plaza y por eso hemos hecho esta salida á la media noche, con espanto de los buenos vecinos del puerto que no podían consentir en que los dejáramos abandonados.

—Mi coronel, contestó Granados, lo que vd. dispuso tiene que estar bien dispuesto.

Rosales y Molina voltearon á verse y se sonrieron, conociendo la zonga con que hablaba Granados, que así como se manifestaba respetuoso con sus superiores en formación y en el servicio, era llano y ehancista cuando lo trataban como amigo, llevando con los dos Antonios una grandísima intimidad. Entónces Rosales repuso:

—Por lo menos en esta vez no había lugar á disponer otra cosa: hoy salió al Venadito por el Camaron una escuadrilla francesa, según creo, compuesta de tres ó cuatro buques de guerra y á la vez recibí la notificación del comandante Kergrist de que quedaba bloqueado el puerto é iba ser bombardeada la

plaza: al mismo tiempo me llegó la noticia de que los lozadeños en número de tres ó cuatro mil hombres de las tres armas ocupan ya los puntos de Urias y la Loma Atravesada, ¿cómo resistir en el desabrigado Mazatlán á tanta gente con unos cuatrocientos hombres, ni con ochocientos en el caso de que hubiéramos podido armar otros cuatrocientos de la plebe?.....

—Y luego sin fuertes y sin artillería, se atrevió á murmurar Tolentino que era muy humilde y muy corto.

—Yo creo que nuestra retirada se ajusta á las leyes militares, dijo Molina.

—No se me oculta, continuó diciendo Rosales, que la tropa se nos maltrata con esta marcha nocturna, cuando tal vez mañana va á tener que sostener un combate; pero tuve en cuenta estas dos circunstancias: primera, que no quería que los franceses vieran el estado de nuestra fuerza á la luz del día; segunda, que podíamos ser sorprendidos en la plaza ó cuando menos encerrados en ella de un momento á otro por las numerosas tropas de Lozada.

—Y ahora, ¿vamos á presentar acción á ese bandido? preguntó Granados.

—Ahora vamos á ver si podemos evitar un mal encuentro con esta marcha oculta, á fin de ver si llegamos en salvo á la Puerta del Habal; pero en caso de que no podamos.....

—Ya le daremos una lección de paso al tigre de Alica, concluyó diciendo Granados.

Todos se rieron de la fanfarronada. Buena marcha, superior táctica sería la de escapar de ser envueltos y aniquilados por los cuatro mil hombres de Lozada

en cuyo ejército podía haber unos tres mil hombres de chusmas y unos mil cuando menos bien vestidos, bien organizados, bien armados y sujetos á una disciplina regular, mandados por oficiales que habían pertenecido á las tropas reaccionarias de Miramón y Márquez.

A las once de la mañana del día 13 llegó la reducida fuerza de Rosales al punto llamado la Puerta del Habal que era el objetivo; y como la gente estaba rendida de cansancio se le concedieron dos horas para tomar reposo y algún refrigerio.

Casi todos estaban dormidos cuando Granados que vigilaba con el único ojo útil que tenía, gritó con todas sus fuerzas.

—A las armas! ¡El enemigo encima!

Apenas tuvo tiempo Rosales de incorporarse, tomar sus pistolas y salir á ponerse al frente de sus soldados. Los lozadeños, en su mayor parte montados en caballos ágiles y fuertes, se habían echado sobre la posición como verdaderos demonios evocados del averno, pues daban gritos desaforados y disparaban sus carabinas unos detrás de otros formando un fuego graneado.

Ni Rosales ni los suyos se desconcertaron no obstante la gran superioridad de fuerzas del enemigo, ni la furia con que fueron sorprendidos y atacados; se dictaron pocas pero acertadas disposiciones para sostenerse favorecidos por las casucas, sin dar un paso atrás, y en menos de diez minutos los lozadeños comenzaron á ver que no era tarea fácil la de vencer á hombres tan resueltos y en otros cinco minutos más se acabaron de convencer de que el mejor partido

que harían era abandonar la refriega, una vez que estaban cayendo atravesados por las balas republicanas sus mejores oficiales.

No faltó quien gritase entre las huestes lozadeñas: —«Ya perdimos, vámonos» grito que se repetía con bastante frecuencia en los combates de aquellos tiempos y ante el que los mejores generales eran impotentes, porque se seguía en el acto la desmoralización y la huida en desorden. Infinidad de veces un solo grito, el de «estamos flanqueados» ó el de «ya perdimos» fué suficiente para perder una acción que estaba ganada.

Como Granados y Tolentino se distinguieron en aquel momentáneo, pero terrible combate, Rosales con las plenas facultades que tenía les ascendió á comandante de escuadrón y de batallón respectivamente. Granados era infante; Tolentino dragón.

El sargento Juan A. Hernández, á quien solo quedaron tres hombres del batallón Pánuco, pasó en la misma clase al escuadrón «Guías de Jalisco,» mandado por el comandante Tolentino. Ya se irá viendo en seguida por qué mencionamos este nombre con empeño.

Estaban en el Quelite descansando las fuerzas que habían dado la pequeña guarnición de Mazatlán y que tan brillante éxito tuvieron en el Habal rechazando á más de dos mil lozadeños, cuando marcharon por disposición de Corona á Culiacán. Allí era el asiento del gobierno del Estado y de allí habían de salir aquellas tropas aumentadas y disciplinadas para la campaña.

Pocos días llevaba Rosales de haber establecido

sus oficinas administrativas cuando recibió un oficio del alcalde de Altata en que le decía: «Está á la vista un buque de guerra francés, creo es el *Lucifer*, con bastante gente á bordo. Se calcula en cosa de mil hombres los que trae de desembarco.»

Rosales reunió á sus jefes principales, mejor dicho, á sus íntimos amigos, en asamblea y les leyó aquella noticia.

—Aquí tienen ustedes el estado de nuestra fuerza, siguió diciéndoles Rosales, tenemos, apurándonos mucho, 420 hombres de buena tropa pero no creo que puedan resistir un combate con mil franceses: ¿qué es lo que ustedes opinan?

—Que debemos salirles al encuentro, se apresuró á contestar Granados, si los vencemos ¡qué gloria para nuestras armas! Si somos vencidos, nada habrá de particular en ello, siendo esa la costumbre y habremos cumplido con nuestro deber.

—¡El combate! el combate! exclamaron todos electrizados por la ruda elocuencia de Granados.

Y el combate quedó decidido, á pesar de que Rosales, no obstante ser uno de los hombres más valientes que ha habido en la tierra, en su interior se sentía profundamente contrariado. ¿Qué le importaba combatir? Lo que no quería era perder estando ya en puesto tan encumbrado.

Entre los que vieron salir á las tropas de Culiacán el 19 de Diciembre, los unos, los amigos, los contemplaban con ternura, con lástima y decían en su interior: «No volverán,» los otros, los imperialistas, los que deseaban que llegara allí el régimen imperial para sacar á relucir los pergaminos ó para darse im-

importancia ó para codearse con los franceses, ora se restregaban las manos y decían también para su capote: «Estos no se animarán á ponerse delante de los franceses. ¡Pobres de ellos si se atreven!»

Y es fama que algunas señoras, no muchas por fortuna, se pusieron, desde luego, á tejer las coronas que habían de ceñir á las frentes de los vencedores.

La tropa pernoctó en el rancho de las Flores, y al día siguiente se estacionó en San Pedro. Rosales pasó revista, observando con satisfacción que en la tropa reinaba el buen ánimo, en los oficiales el entusiasmo y en los jefes la más entera resolución.

—Venceré! murmuró Rosales.

Ya en aquellas horas sabía que sólo habían desembarcado unos doscientos franceses y unos trescientos mexicanos mandados por un general español llamado José Domingo Cortés, traidor, según se les llamó entonces á los que se aliaron con los invasores, como este español que estaba naturalizado mexicano.

El día 20 Rosales mandó avanzar sus fuerzas á Nopalato, los franceses estaban en Bachimeto, á tres leguas de distancia, y allí levantaron algunas fortificaciones luego que supieron que la pequeña guarnición de Culiacán había salido á su encuentro.

El jefe francés reunió á sus principales subalternos y les dijo:

—Mañana destruiremos esas chusmas y entraremos á la capital de Sinaloa. Aunque no abrigo el menor temor de que nos ataquen, recomiendo á ustedes esta noche la mayor vigilancia.

Por su parte, Rosales, dijo á los suyos:

—Mañana contramarcharemos á San Pedro: me gus-

ta más ese punto para dar la batalla. Ahora que he estudiado el terreno y el espíritu de nuestros soldados, puedo pronosticar la victoria. Todo depende de que cada cual cumpla mis órdenes exactamente.

Todos ofrecieron cumplir con su deber, sometándose, sin vacilar, á las leyes de la disciplina.

El 21, entrado bien el día, ordenó Rosales que el escuadrón «Guías de Jalisco», se quedara hostilizando al enemigo, mientras que él con el grueso de las fuerzas, formadas de infantería y artillería, regresaba á tomar posiciones en San Pedro. Designó las columnas, les nombró jefes y les comunicó instrucciones, señalándoles los puntos que deberían ocupar, desde luego, así como los primeros movimientos que habían de verificar cuando se iniciara el combate.

El pequeño escuadrón mandado por Tolentino, fué el que tuvo la más pesada faena, que consistió en estar tiroteando todo el día, pero principalmente al cerrar la noche, á los franceses, á fin de tenerlos en constante alarma y fatigarlos. El sargento Juan Hernández, le dijo:

—Mi comandante, puede vd. retirarse á descansar, yo me encargo de no dejar dormir á los franceses.

—Cuántos hombres necesitas?

—Diez de los que estén mejor montados.

—Escógelos.

Y con sus diez hombres estuvo sin cesar dando vueltas al rededor del poblado en que se había hecho fuerte el enemigo, haciéndolo á cada momento formar columnas para defenderse de un ataque que por el ruido que hacían los diez hombres parecía que iba á ser general.

Con gusto vieron los franceses despuntar el nuevo día para de una vez saber á qué atenerse: con sorpresa observaron que los que tanto les habían molestado eran unos cuantos: los acometieron con brío y los hicieron retirarse; pero no sin que volvieran á la carga luego que se puso en marcha toda la columna.

En todo el trayecto de Novalato á San Pedro, no dejaron los lanceros de seguir disparando sus carabinas sobre los franceses, ya por el frente, ya por los flancos y algunas veces hasta por la retaguardia. Conocedores del terreno, lo aprovechaban á las mil maravillas.

Cuando estuvo la columna á la vista de San Pedro, pudo observar el jefe francés que Rosales lo esperaba en su campamento formado en las afueras de la reducida población, y no pudo menos de sonreírse exclamando:

—¡Qué fortuna! me temía que anoche se me hubieran escapado.

Mandó hacer alto y tomó las disposiciones para el ataque, según la colocación que tenían las tropas mexicanas. No había que hacer más, sino cargar á derecha é izquierda, dejando una pequeña reserva para que protejera el centro. Todo era cuestión de unos diez minutos.

Rosales vió los movimientos y esperó á pié firme.

—Hijo, dijo á Granados, ve á ponerte ya al frente de tu columna: tan pronto como veas que rechazo al enemigo por el frente cargas á la bayoneta procurando destruir el flanco derecho. Alerta, muy alerta.

Corrió Granados á ocupar su puesto en el momento preciso en que se disparó el primer cañonazo.